

X

LAS ALUCINACIONES DE SIR FRANCK

Por inverosímil que esta decadencia pueda parecer, las dos hermanas Jenny y Georgina, que conocemos, eran los últimos vástagos de una gran familia irlandesa, rica, fuerte y poderosa en otro entonces : la familia Dunmore.

Desde su castillo de Kildamit, los Dunmore habían desafiado á menudo, á la Inglaterra, teniendo en jaque las tropas de la terrible Elisabeth. Pero una vez asegurada la conquista, el odio del invasor había caído sobre ellos.

Hacia 1830, los restos del castillo de Kildamit fueron puestos á la venta pública, y algunos días después, dos pobres mendigos, acompañados de una jovencita, se instalaban en Saint-Gilles, el barrio más miserable de Londres. Eran los esposos Dunmore y su hija Jenny. Arruinados hasta donde se puede estar, su miseria se

aumentó con el nacimiento de otra niña que le pusieron por nombre Georgina.

La madre se fué de obrera á la fábrica de agujas de White-Chapel, y el padre obtuvo un empleo en la gran panadería central de Tottenham.

Las fábricas de agujas son asesinas. Se citan como curiosidad las obreras que conservan la vista hasta los veintiséis años. La pobre Irlandesa perdió bien pronto el uso de sus ojos.

No se puede tener una idea de la miseria en Londres; embrutece las mejores naturalezas. Dunmore empezó á beber para olvidar, y acabó por necesidad. Había alquilado una caverna negra y húmeda donde sólo había lugar para su manta y la de su mujer. Los niños dormían en los escalones de piedra. Cuando cegó la madre, empezó á golpearla. Murió, y su marido vendió el cadáver por diez shillings á los cirujanos de Royal College.

A medio penny el vaso de gin, le dió una provisión de doscientos cuarenta vasos.

Un hombre fuerte puede durar seis ó siete años en el oficio de amasador. Dunmore era fuerte, pero la bebida apresuró la conclusión fatal : se volvió tísico.

Una tarde volvió á su cueva, cogió á Georgina por la mano y la condujo á Oxford Street, esa calle magnífica que despliega su riqueza á dos pasos de la miseria irlandesa. Quería enseñarla á mendigar y á robar. Georgina tenía siete años. Golpeada mendigó, pero por más que la golpearon no quiso robar. Al volver, el borracho furioso continuó golpeándola con la cuerda

que había matado á su madre. Desde ese día, fué un sufre-dolores. No podía resolverse á robar.

Desde que su pecho enfermó, Dunmore no amasaba ya. Se dedicó á poner tablas sobre los arroyuelos, los días de lluvia, para que pasaran los paseantes. Cuando hacía buen tiempo, dormía de día, y de noche cazaba gatos para venderlos al otro lado de Smithfield, en una carnicería que tenía reputación de vender carne de todos los animales, comprendiendo la humana.

A veces Jenny, que no había rehusado robar, y su padre, se ausentaban noches enteras. Pero bien pronto Jenny no hizo sino raras apariciones en la cueva de Dunmore, encolerizándose éste por verla trabajar por cuenta propia. Esto cayó sobre Georgina, de quien esperaba sacar partido de otro modo. Una vez la vendió al Director de Princess-Theatre, para representar el papel de ángel. La vendió otra vez al intendente de una lavandería de Thames-Street, donde trabajaba en un departamento que encerraba á ochocientas obreras, de las que la mayor no pasaba de quince años. Sin embargo, un día que Georgina, cansada, se durmió, el intendente le lanzó un pedazo de hierro, hiriéndola en el pecho. La niña sufrió un mes de cama.

A pesar de todo, empezaba á formarse, y era ya de una belleza sorprendente. Su padre meditaba un golpe soberbio. Hacía tiempo que no la vendía, y esto le parecía raro. Pero no tuvo tiempo de poner en ejecución su proyecto. Una mañana, después de una excursión nocturna con su hija mayor, lo arrestaron, y poco después lo ahorcaron.

Fué entonces cuando Georgina cayó en manos de Jenny, aventajada en la educación paternal, que desistaba á toda la policía de Scotland Yard por la facilidad con que se vestía de hombre.

Ya sabemos lo que miss Sun-Ray había hecho y quería hacer con su hermana.

Ella había convertido en la « marquesa ». Pero lo mismo que Dunmore no había podido obligarla á robar, ella tampoco pudo obtener que su hermana fuese querida del viejo marqués de Hackney.

Sun-Ray, hábil como era, bien se había acomodado : resistencia de su hermana á los deseos del viejo Hackney, tornando más ardiente su concupiscencia, la había ayudado á desplumarlo mejor.

Pero donde Sun-Ray cometió una falta capital, fué en creer que las cosas pasarían del mismo modo con sir Franck Zephyr. Innegable era que la belleza de Georgina había producido en él un encanto profundo. Sir Franck había obedecido á la ley común, y por un momento Sun-Ray pudo creer que sus cálculos tendrían éxito. Como ella lo previó, sir Franck, tiernamente interesado por la espléndida criatura, feliz en acercarse á ella, no había podido defenderse, ni ocultar la emoción que sentía cerca de ella.

Sun-Ray esperaba también que, siendo sir Franck joven, elegante, precedido por su reputación de héroe, su hermana se mostrase con él menos esquiva que con el viejo amoroso ; y su esperanza se había realizado.

Pero lo que no había previsto era que lo que en Georgina seduciría al antiguo residente, sería la expresión

dulce é infantil del rostro, el candor de la mirada, la castidad, la inocencia de la joven.

Ella no había comprendido que, al saber la odiosa presión ejercida sobre Georgina, sir Franck se tornaría su caballero defensor; pero al hacer esto, era demasiado galante para tratar de ocupar el puesto del viejo inmoral cuyas importunidades quería evitar á Georgina.

No había tampoco previsto la astuta Sun-Ray, á pesar de su habilidad, que Georgina, seducida por el buen porte de sir Franck y por la generosidad de su conducta, podía enamorarse verdadera y desinteresadamente del hombre á quien ella le ordenaba traicionar, y que este amor sería la salva guardia del antiguo residente...

Y todo lo que Sun-Ray no había previsto fué lo que sucedió. Los días pasaban sin que su trama avanzase nada, y su furor aumentaba al verse amenazada por Georgina, fuerte con su amor, de revelar al residente toda su intriga por poco que la violentase. A esto la implacable hermana contestaba con amenazas de muerte para sir Franck... Pero la perspicaz Georgina había adivinado el punto débil de Jenny, y sabía que la vida del que amaba no corría riesgo hasta que se pusiese en claro la historia del diamante. Estimando bastante al residente para creerlo capaz del robo, se guardaba su convicción y obraba á su antojo preocupada tan sólo por conservar la estimación del dueño de su corazón.

Entonces fué cuando Sun-Ray decidió obrar sobre

sir Franck atacando con otras armas un punto más débil. Sabiendo que la joven traída de Francia por Sauton era la hija del antiguo residente, había fundado sobre el amor paternal de sir Franck una nueva intriga.

Las circunstancias novelescas del nacimiento y desaparición de la joven á quien sir Franck creía muerta al igual de Nowla, debían haberle hecho querido el recuerdo de la pequeña Miriam. Qué revolución no se operaría en su corazón si supiese que su hija vivía y estaba en manos de gentes dispuestas á vendérsela, pero capaces de matarla con todos los refinamientos de la crueldad oriental si rehusaba pagar su rescate al precio del Lucifer. Sin duda por salvar á su hija no titubearía en deshacerse del diamante, sobre todo si se sabía hacer la comedia.

Todo un espectáculo teatral fué dispuesto, á este efecto, por Sauton, que conocía más íntimamente la naturaleza soñadora del residente.

Desde el primer día de su encuentro con Sun-Ray, Sauton había previsto el fracaso de las maniobras de Day-Lily, y si el lector quiere acordarse, le hemos visto entretenerse largamente con el arquitecto encargado de reparar la villa de sir Franck.

Una tarde en que el residente — quien había conservado la costumbre de largas siestas de la India — estaba tendido sobre cojines, en el mismo cuarto en que viera por la ventana á la marquesa en la villa vecina, perdido en sueños sin fin, el narghilé apagado, los ojos medio cerrados, en ese estado de indecisión de espíritu, en

que sin dormir, se escapa al soñador la percepción exacta de las cosas reales, un extraño fenómeno se produjo, de naturaleza tal, para hacer creer á sir Franck que si no dormía, por lo menos soñaba á más y mejor.

El día bajaba poco á poco, y el crepúsculo, bañando los objetos con vapor gris los esfumaba insensiblemente; por último se hizo la oscuridad y las cortinas de fina tela azul, tamizaban solamente inapreciables rayos de estrellas. No se había llevado luz al cuarto porque el amo había prohibido ser molestado cuando así descansaba...

Como hipnotizado, creyó ver el singular espectáculo que se ofreció á sus ojos.

Sin que la parte de la pieza donde estaba cesase de estar á oscuras, el fondo de ella aparecía bañado en una claridad dulce, vaporosa, lejana, tan lejana que parecía que el muro había retrocedido, y el aposento aumentado de tamaño.

En la lejanía de esta claridad lechosa, se transparentaban formas indecisas, dibujos fantásticos: dijéranse columnas de un templo. En el espíritu de sir Franck flotaba un recuerdo, vago é impreciso como esas mismas formas.

¡Qué extraño sueño!

¿No era ese el templo de Siva, la pagoda misteriosa donde antaño oficiaban los brahmines de la tribu de Nowla? Pero, he aquí que la luz se hace más viva, que las formas entrevistas al través de una bruma toman cuerpo, se dibujan claramente.

Sir Franck no se equivocaba. ¡Era el templo de Siva!

Ahí, alrededor de la rotonda, formados en círculo los elefantes de piedra sosteniendo las columnas cuyos capiteles se rematan por hojas de palmera... Ahí los bajo-relieves místicos donde se desarrolla la epopeya de Rama... Ahí los fuegos sagrados, el altar de granito rosa, los ídolos cuyos ojos de plata brillan de manera terrible, y la estatua sombría del dios del mal, privada simbólicamente de su ojo único en señal de duelo por la pérdida de Lucifer...

Le pareció al antiguo residente que su sueño lo transportaba quince años atrás, con una sensación de realidad intensa, y que revivía los tiempos de sus amores con Nowla la bayadera.

Una emoción extraordinaria se apoderó de él, y tanto era el encanto que sentía, que muy mucho se cuidaba de hacer un movimiento con el temor de despertar y perder la visión.

Pero bien pronto la emoción le dominó obligándolo á levantar el busto, á inclinarse hacia adelante, tembloroso.

No sólo veía el templo de Siva con sus estatuas y sus adornos: veía, creía ver á Nowla, sí, á Nowla misma, á Nowla viva, á Nowla siempre joven y bella, más bella y más joven que nunca.

Echando hacia atrás un velo de gasa bordado de oro bajo el cual estaba escondida, una mujer descendía los escalones del altar de granito rosa y avanzaba hacia la mitad del templo en traje graciosamente impúdico de

Devadassi. Dulcemente, lánguida y amorosamente trazaba las figuras y los pasos de la danza sagrada. Poco á poco la bailadora se animó : sus movimientos se hicieron más vivos hasta que se puso á girar vertiginosamente, para detenerse luego de golpe, y seguir el dulce y voluptuoso balanceo del principio.

Esta vez la impresión de realidad fué tal, que sir Franck, hipnotizado á los comienzos, comenzó á dudar si dormía ó estaba despierto...

Se pasó la mano por la frente y la sintió cubierta de sudor. Quiso lanzarse hacia adelante, correr hacia la visión sobrenatural, pero la oscuridad en que se encontraba hizo que su pie chocase con un mueble y cayó.

— ¡ Nowla! ¡ Nowla! exclamó levantándose de nuevo y corriendo.

Pero la visión desapareció, la oscuridad se tornó profunda y se escuchó una voz :

— No es Nowla, es tu hija Miriam, y lo que acabas de ver no es un sueño, porque Miriam vive.

Se preguntó si no estaría loco, salió del cuarto y llamó. Cuando trajeron luces se apercibió que todo estaba en su lugar y tuvo que confesarse que había sido juguete de un sueño.

¿Cómo hubiera podido darse cuenta de la realidad, saber que era la obra de Sauton ; consistiendo en un vidrio metalizado con platino, opaco por un lado y transparente por el otro, que permite ver de una pieza á otra sin reciprocidad?

Sir Franck no podía saber la existencia de este aparato, por la buena razón que lo habían colocado á

escondidas de él. Tras este vidrio pasó la escena que hemos descrito ; la luz preparada progresivamente para dar la idea de un sueño ; después la aparición del templo de Siva, y la bailarina tan parecida á Nowla, como que era Miriam, su hija. La ilusión del templo le había sido fácil á Sauton darla con decoraciones desmontables y para estas instalaciones se había entendido con el arquitecto. Sir Franck no era juguete de un sueño, sino de una mistificación hábilmente preparada.

Había bastante para hacer perder la razón á cualquier hombre y más repetida varias veces con días de intervalo.

Tan hábiles cálculos debían sin embargo ser desbaratados por Miraída con quien contaban los enemigos de sir Franck para reducir á éste. Merced á lo opaco del aparato por el lado de Miraída, ésta no se daba cuenta que en la pieza vecina, un hombre, su padre, estaba al delante, tembloroso y llorando á su vista, mientras ella se entregaba libremente á sus ejercicios de bayadera en un templo ficticio, bajo el cuidado de Sauton.

Pero Miraída no había jamás perdido el recuerdo del hombre que se inclinaba sobre su cuna y la acariciaba ; aunque Sauton la arrancó muy niña de los brazos de su madre, para que no aprendiese á amar á su padre, siempre guardaba en el fondo de su corazón una ternura infinita por él. Se acordaba con terror de su salida del palacio de Katmandon, el incendio, los gritos, los lloros de su madre, su miedo cuando un hombre de rostro sombrío, que no era otro que Sauton, la cogió

para llevársela, y que más tarde lo vió martirizar á la pobre Nowla.

Miraïda sabía el peligro que amenazaba á su padre. La hemos visto en el hotel Lucifer, llorosa después de haber oido las amenazas de Sauton, arrojarle de rodillas ante el Baniano y suplicarle perdón para el residente. El Indio la había rechazado brutalmente. Desde entonces sólo pensó en huir y buscar al Residente para prevenirle.

Una tarde, Sauton se encontró muy apurado para representar la comedia de apariciones. Miraïda, debatiéndose como una tigrilla, había escapado de las manos de las indias que la cuidaban, y había huído...

LIBRO TERCERO

TRES POLICÍAS

I

Á LA SOMBRA DE WESTMINSTER

La noche comenzaba á caer. Bajo las naves de la iglesia de Santa-Margarita, la sombra ya espesa sólo se disipaba de lejos en lejos por la luz de un cirio ó el globo de una lámpara.

En una nave desierta una joven estaba arrodillada...

Tras uno de los pilares dos hombres hablaban en voz baja.

La joven no era otra que miss Mary Zephyr.

En cuanto á los dos hombres, uno de los cuales nos es conocido tan sólo, Jonathan Girle, parecía que el objeto de su presencia en el templo no era el culto de Santa Margarita.